

anunciar cada mañana por las calles la función de la noche y para convocar á ella al oscurecer, y ya era sabido que tocaba admirablemente ambos instrumentos.

Cuando hubo exhibido sus títeres y lucido sus habilidades y las de sus hijos en todos los pueblecillos de alrededor, viendo que ya aquella industria, de no extender mucho el radio de acción, no daba más de sí, discurrió irse á las romerías, que eran muy frecuentes en aquella temporada de fin de verano, á tocar sin ajuste ni convenio alguno la dulzaina y el tambor para divertir al concurso y para que la juventud bailara á su placer cuanto quisiera. De vez en cuando, entre baile y baile, uno de sus hijos más pequeños pasaba por entre los bailarores una bandejina de hojalata pintada de encarnado y verde, y si le echaban algún cuarto, bien, y si no, también: seguía tocando tan campante.

El requemor de Juan Ortiz, que había ido creciendo con todas estas cosas, llegó á convertirse en aterradora seguridad el día que supo que el titiritero, dejando su alojamiento provisional de la taberna, se había instalado con sus trastos en una casa que estaba deshabitada, prometiendo al dueño pagarle alguna renta.

Entonces vió claro el peligro que le amenazaba y en el que primero no creía; entonces ya creyó á pies juntos que aquel foraste-

ro era un enemigo que tomaba posiciones con intento de birlarle la plaza; y pensando que «al raposo durmiente, según dice el refrán, no le amanece gallina en el vientre», y que «al que madruga Dios le ayuda», y que «hombre prevenido vale por dos», se puso en defensa con tiempo, hablando á los individuos de justicia y demás vecinos influyentes del Concejo, á quienes encareció la necesidad de que le apoyaran y sostuvieran contra el intruso si llegaba el caso, no tanto por favorecerle á él y conservarle el modo de vivir, cuanto por el bien de la villa, por evitar que se avecindara y arraigara allí aquel aventurero que á saber de qué casta sería y que por todo caudal traía una enjambre de rapaces morrinosos que se habrían de criar por allí rebojeando para ser después á lo mejor unos gandules...

Todos le contestaban, como es de suponer, favorablemente, asegurándole que siempre sería preferido en igualdad de condiciones, lo cual no dejaba de tranquilizarle.

Por su parte, Pedro García, que así se llamaba el ex-titiritero, unos días antes del de San Silvestre, último del año, que era cuando se proveían los empleos concejiles, según se había ya él informado, se presentó al alcalde solicitando la plaza de tamboritero, que ofrecía servir por mucho menos sueldo del que tenía asignado. Contestóle el alcalde que, desde el

momento en que había más de un aspirante á la plaza, lo que procedía era sacarla á *quien por menos*, y eso se haría, adjudicándosela al que la sirviera más económicamente. Aquella misma tarde el pregonero del Concejo anunciaba la subasta.

Llegada la noche de San Silvestre, y reunidos la justicia y el vecindario en la casa de Concejo para rendición de cuentas, renovación de cargos, provisión de empleos y convite de despedida del año, se procedió lo primero á subastar la susodicha plaza en toda regla.

—De orden del señor alcalde, y por acuerdo del Concejo—dijo solemnemente el alguacil,—se pone á quien por menos la plaza de tamboritero de la villa, tomando como tipo el sueldo de veinte duros en que hasta hoy estaba servida... ¿Quién la sirve por menos?...

—Yo la sirvo por quince duros—dijo Pedro García en voz alta y desahogada.

—Por quince duros la sirven—repitió el alguacil.—¿Hay quien la sirva por menos de quince duros?...

—Yo por catorce—dijo Juan Ortiz muy malhumorado.

—Yo por diez—dijo inmediatamente Pedro García, sin dar tiempo siquiera á que el alguacil pregonara la postura de los catorce.

Una ola de indignación cubrió el semblante de Juan Ortiz, que se puso encarnado como la grana, y luego pálido como la cera, y otra vez encarnado, y otra vez pálido; es decir, que un color se le iba y otro se le venía.

El alguacil pregonó la última postura del titiritero, diciendo:

—Por diez duros la sirven... ¿Hay quien la sirva por menos de diez duros?...

Reinó el silencio. Se hubiera sentido volar una mariposa.

Juan Ortiz tuvo un instante de perplejidad; pero la ira se sobrepuso en él á la reflexión, y dijo para sí resueltamente: «No, no quiero envilecerme ni envilecer el cargo hasta ese punto». Y se retiró de la reunión sin hablar palabra.

El alguacil volvió á preguntar:

—¿Hay quien desempeñe el cargo de tamboritero por menos de diez duros?...

Y como nadie decía nada, continuó:

—Diez duros, á la una... ¡Que se va á dar el buen provecho!... Diez duros, á la una... Diez duros, á las dos... ¡Que buen...! ¡que rebuén...! ¡Que lo digo! Diez duros... diez duros, á la una... diez duros, á las dos... ¡Que se remata!... diez duros, á las... tres. ¡Que buen...! ¡que rebuén...! Que buen provecho le haga... que le haga buen provecho... que buen provecho le haga... al que lo tiene puesto.

El suceso fué muy comentado toda aquella

noche durante el convite. Unos alababan la dignidad y entereza del antiguo tamboritero en no querer servir por una cantidad tan exigua; otros censuraban su soberbia diciendo que mientras tenía diez duros, ó aunque no fueran más que cinco, no tenía necesidad de pedir nada á nadie.

Juan Ortiz, en un principio, se manifestaba satisfecho de su resolución; pero luego, considerando que al fin el otro se había salido con la suya, comenzó á pesarle de no haber hecho más baja. Quería consolarse á ratos con la idea de quitarle todas las apelaciones reduciendo mucho en ellas la tarifa, y sitiarse por hambre; mas cuando pensaba que de todos modos su contrario iba á ser el tamboritero oficial y que tendría que verle tocar á sus anchas y recibir los aplausos de la juventud en la plaza ó en las eras todo el año redondo, le invadía verdadera tristeza, para la cual no había consuelo posible.

Peró, en fin, como la cosa ya no tenía remedio, no había más que decir con el refrán: «á lo hecho, pecho», y tener paciencia hasta otro año...

¿Que no tenía remedio?...

Todavía le tenía. Un vecino viejo de los más entendidos y principales se le sugirió aquella misma noche al mustio y desalen-

tado Juan Ortiz diciéndole que aún podía anularse la adjudicación de la plaza de tamboritero *cuarteando* la subasta; con lo cual le volvió el alma al cuerpo. Y efectivamente, según derecho consuetudinario allí en vigor, cuando se trataba de una subasta en que estuviera interesado el procomún, aun después de cerrada, si había quien mejorase en la cuarta parte la última postura, la que había servido de precio en el remate, quedaba rescindido y renovado el contrato, y el nuevo postor ó sea el *cuarteador* se subrogaba en lugar del rematante.

Como Juan Ortiz estaba para agarrarse á un hierro albandó, se agarró en seguida ¡no se agarraría ni nada! al recurso que le indicó el vecino legista, y á la mañana siguiente se presentó al alcalde en compañía de dos hombres buenos, manifestándole su formal propósito de hacer el cuarteo y solicitando le fuese admitido.

El alcalde, conocedor también de la antigua costumbre, y creyendo que no se podía menos de respetarla, reunió el Concejo á son de campana para hacerle presente el caso, con citación expresa y nominal del nuevo tamboritero para que acudiera á enterarse de lo que pasaba y á mostrarse conforme ó alegar en otro caso lo que tuviera por conveniente.

Reunido el Concejo, el alcalde dió cuenta

de lo solicitado por Juan Ortiz y manifestó que en su sentir la antigua costumbre tenía fuerza de ley y no había más remedio que someterse á ella, y dar por rescindido el contrato de adjudicación de la plaza de tamboritero á Pedro García y por renovado á favor de Juan Ortiz, que con la cuarta parte menos de dotación quedaría subrogado en lugar del primero.

El Concejo asintió con unanimidad á lo propuesto por el alcalde; y requerido Pedro García para que dijera si estaba conforme, contestó que sí, que él era fiel observante de las leyes y de las costumbres que tuvieran igual fuerza, y por consiguiente que se conformaba de grado con el acuerdo del Concejo anulando la anterior subasta y renovando el contrato á favor de Juan Ortiz, mediante el cuarteo propuesto. Pero...—y aquí la naciente alegría de Juan Ortiz, á quien daban ya la enhorabuena los vecinos que estaban á su lado, comenzó de nuevo á eclipsarse;—pero que tan pronto como acabaran de extender la nueva escritura adjudicando la plaza á Juan Ortiz en siete duros y medio, él iba á hacer uso del mismo derecho de cuarteo ofreciendo servirla por las tres cuartas partes de esa cantidad, y que por si acaso el tamboritero anterior tuviera intención de cuartear otra vez, añadía desde luego, para evitar al Concejo y á la justicia molestias y dilacio-

nes, que él estaba dispuesto á servir la plaza completamente gratis y desde luego lo ofrecía así, con lo cual podían extenderle la escritura definitiva, por cuanto ya no era de presumir que se presentase otra proposición más ventajosa.

Todo el Concejo tuvo que convenir en ello, y Pedro García quedó nombrado tamboritero sin sueldo ni gratificación de ninguna especie.

Si le sangran entonces á Juan Ortiz, no da ni una gota de sangre: tal quedó de cuajado. Verdad es que aun los demás vecinos á quienes el asunto no afectaba personalmente, quedaron atónitos.

—¿Qué se propone este hombre?—se preguntaban todos al salir de la reunión,—¿qué va ganando?...

Alguien manifestó la idea de que aquello era una burla, de que el ex-titiritero se proponía dar al Concejo una broma pesada, desapareciendo de allí cualquier día y dejándoles en blanco. Esta opinión, abrazada desde luego por Juan Ortiz, á quien no podía menos de serle agradable, tuvo en los primeros días otros muchos adeptos.

Pero, nada... Pasaba tiempo, y Pedro García, lejos de pensar en marcharse, tocaba cada vez con más afición y esmero, el tambor y

la dulzaina, todos los días y horas que mandaba la contrata en la plaza ó en las eras, según el tiempo en que fuese. Y aun no contento con tocar los días festivos, que era cuando lo tenía de obligación, dió en tocar también los días de mercado en la plaza, desde media tarde, cuando aquél empezaba á deshacerse, con lo cual se armaba un baile estrepitoso, que solía durar hasta bien entrada la noche. Y tocaba igualmente, sin ajustar y sin pedir nada, en las bodas y en los bautizos, y en cualesquiera regocijos de las principales familias... Todo sin perjuicio de irse á tocar también á todas las romerías grandes y pequeñas que se celebraban en cuatro ó cinco leguas á la redonda.

Y esto un año y otro año...

¿Qué misterio es éste?—decían todos.—¿De qué vive este hombre? No percibe sueldo del Concejo... y toca de balde en todas partes, pues aunque alguna vez pase la bandeja, nadie le echa un cuarto... ¿De qué vive?... Son un matrimonio con siete de familia: nueve personas, de las que ninguna gana ni un real... ¿De qué se mantienen?...

—¿Tendría sus ahorros de cuando andaba con los títeres—apuntaba uno con timidez—y los estará gastando alegremente en divertir al público?...

—¡Quiá! ¿Qué ahorros había de tener?...—le contestaban.—Y aunque tuviera algunos,

¿por dónde habrían ido ya á estas horas?... Dice un antiguo refrán que «donde se quita y no se pon, presto se llega al hondón». ¿Cuánto hace ya que habría llegado al hondón de la caja de sus ahorros el antiguo titiritero, caso que los tuviera?...

—Pues ello es que él vive—decía otro—y tiene todo lo necesario; conque de alguna parte lo saca...

—Ese es el misterio—le contestaban.

—Sí, ese es el misterio.

Y en descubrir ese misterio, se devanaba los sesos en Villadanzas todo el mundo... empezando por Juan Ortiz, que era á quien más le daba en qué entender la cosa.

¿Que si se llegó á descubrir el misterio alguna vez, me preguntan ustedes?

Sí, por cierto; el misterio se descubrió. Andando el tiempo se llegó á saber todo. No lo llegó á saber el pobre Juan Ortiz, á quien la pesadumbre... mucho mayor que aquella á que, según Rioja, se rindieron las torres de Itálica, la pesadumbre de verse privado del oficio y de la esperanza de dejársele á sus descendientes, le llevó en pocos años á la sepultura. Pero los demás, todos lo supieron, con ocasión de haberse formado, por hurto del bolsillo á un tratante, una causa criminal que dió mucho ruido...

Entonces se supo todo... y por cierto que la cosa era bien sencilla...

Pedro García, como se ha dicho ya, tenía siete hijos, de los cuales, tres que eran ya mozelos y otros dos que eran rapacetes de diez á doce años, se dedicaban, unos á limpiar los bolsillos de las gentes que se arremolinaban en la plaza y en las eras, y en el mercado, alrededor del baile... y otros, al mismo tiempo, á hurtar todo lo que podían de las casas que quedaban abandonadas ó mal guardadas por marcharse la gente á oír la música. Con el mismo objeto iban todos á las romerías á ejercer su *industria*, mientras su padre tocaba y divertía á la gente.

Del producto de todos estos hurtos vivían el tamboritero y su familia con desahogo y hasta con lujo.

Para eso tocaba de balde.

Esta historia, talmente como la acabo de contar, pasó en Villadanzas, al demediar el siglo XIX.

Conviene consignarlo formalmente, porque si no, como hay gente tan maliciosa, no faltaría quien, teniéndola por una invención, por una verdadera parábola, tratara de explicar su sentido.

Y habría quien le explicara diciendo que el tamboritero que toca de balde simboliza á

los que ejercen cargos políticos ó administrativos, costosos de adquirir, trabajosos de desempeñar y, por añadidura, sin sueldo.

Y aun habría tal vez quien, puntualizando más las cosas y aguzando más la malicia, llegara á insinuar la sospecha de si los que ponen tanto empeño y aun gastan dinero en ganar una elección y hacerse con un acta, para luego pasarse todo el año pronunciando discursos de balde, lo harán con la mira de aligerar los bolsillos al país, entreteniéndole y embobándole con la oratoria.

FIN